

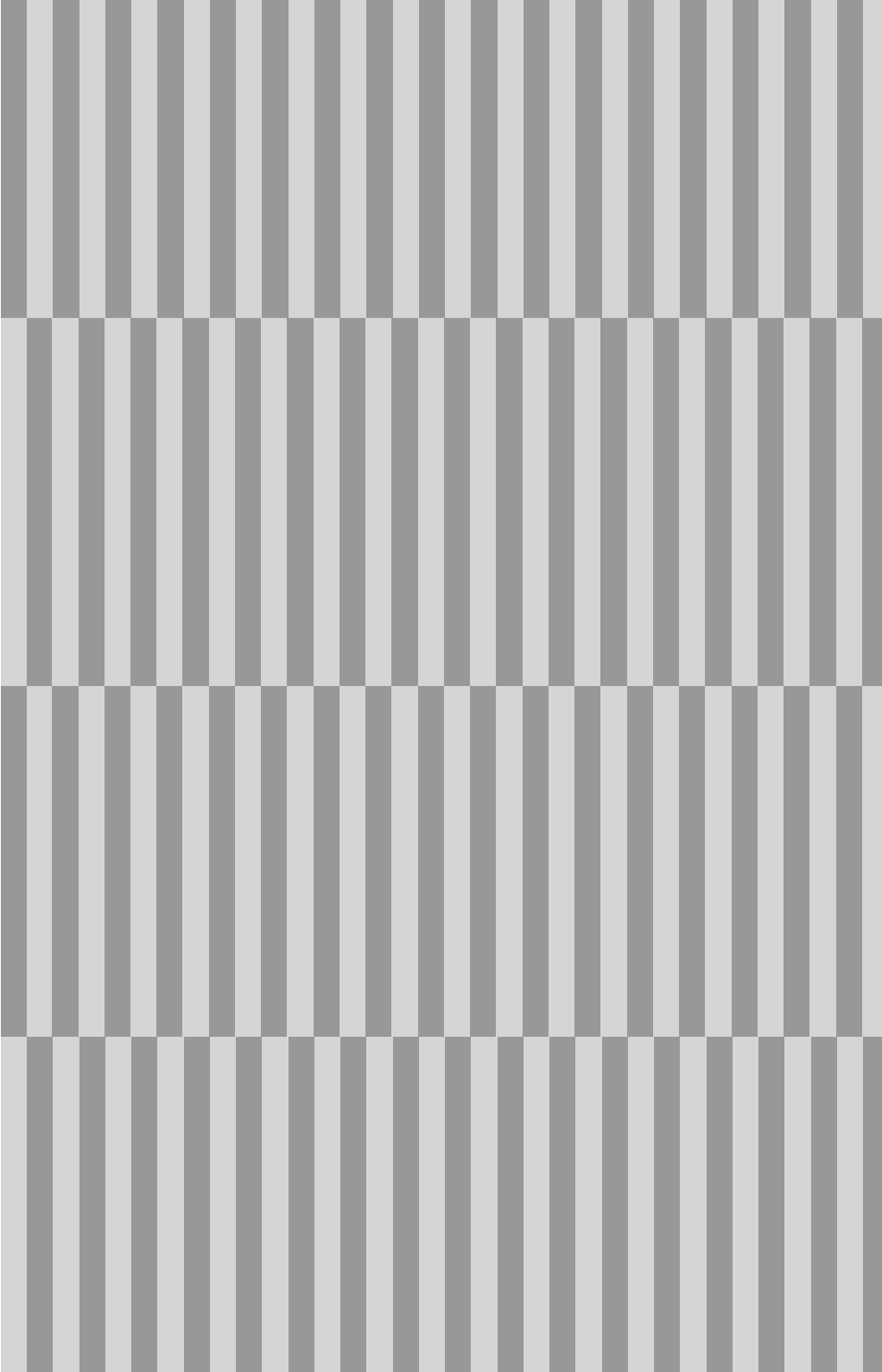
Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances

**Norman
Manea**

2016



**PREMIO FIL DE
LITERATURA**
EN LENGUAS ROMANCES





Premio FIL
de Literatura en
Lenguas Romances

■ **Norman Manea**
2016



Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Rectoría General

Miguel Ángel Navarro Navarro
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

Dulce María Zúñiga
Dirección de la Asociación Civil
del Premio FIL de Literatura
en Lenguas Romances

Raúl Padilla López
Presidencia de la Feria Internacional
del Libro de Guadalajara

Marisol Schulz Manaut
Dirección de la Feria Internacional
del Libro de Guadalajara

Javier Espinoza de los Monteros Cárdenas
Dirección General del Sistema
de Educación Media Superior

Ernesto Herrera Cárdenas
Secretaría Académica del Sistema
de Educación Media Superior

Lilia Mendoza Roaf
Coordinación de Difusión y Extensión
del Sistema de Educación Media Superior

José Alberto Castellanos Gutiérrez
Rectoría del Centro Universitario
de Ciencias Económico Administrativas

José Antonio Ibarra Cervantes
Coordinación del Corporativo
de Empresas Universitarias

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial Universitaria

Sol Ortega Ruelas
Coordinación editorial

Jorge Orendáin
Erandi Barbosa Garibay
Cuidado editorial

J. Daniel Zamorano Hernández
Formación y tipografía

© Jorge Salazar (Jors)
Caricatura



CULTURA

Jorge Aristóteles Sandoval Díaz
Gobernador Constitucional
del Estado de Jalisco

Roberto López Lara
Secretario General de Gobierno

Myriam Vachez Plagnol
Secretaria de Cultura

Tomás Eduardo Orendain Verduzco
Director General de Patrimonio Cultural

Samuel Gómez Luna Cortés
Director de Investigaciones y Publicaciones

Secretaría de Cultura
Gobierno del Estado de Jalisco
Av. La Paz 875
Zona Centro
CP 44100, Guadalajara, Jalisco

Segunda edición, 2016

Textos
© Norman Manea
Mercedes Monmany
Alejandro Martínez Martínez

D. R. © 2016, Universidad de Guadalajara



Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

ISBN UdeG 978 607 742 633 2
ISBN Secretaría de Cultura Pendiente

Diciembre de 2016

Impresión
Libros en Demanda, S. de R.L. de C.V.
Calle 3 núm. 1000, Zona Industrial
44940 Guadalajara, Jalisco

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercialSinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances

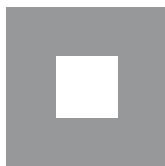
**Norman
Manea**

2016



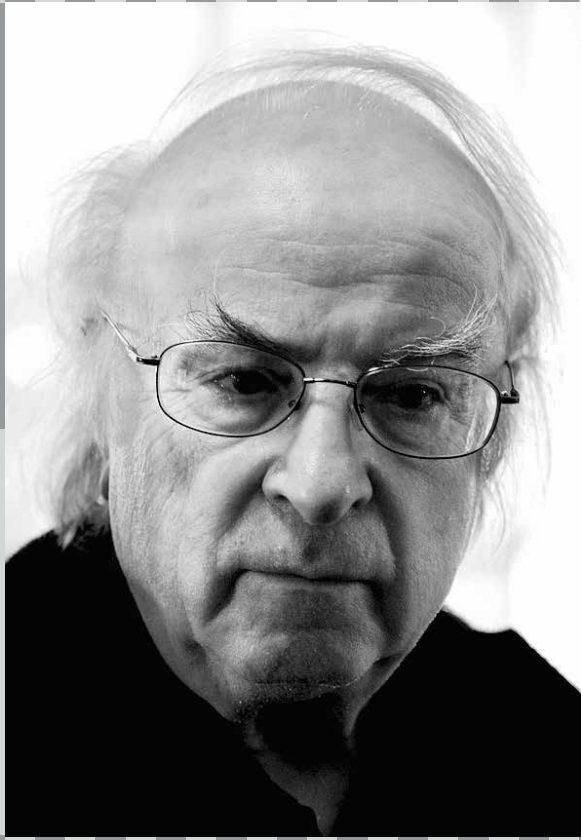
**PREMIO FIL DE
LITERATURA**
EN LENGUAS ROMANCES



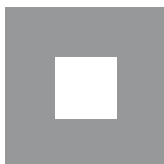


Índice

- 9** Premio FIL de Literatura
en Lenguas Romances
- 13** Norman Manea
- 16** Norman Manea: el deber
de la memoria
Mercedes Monmany
- 36** Norman Manea, el equilibrista
punk de los Cárpatos
Alejandro Martínez, Zapa
- 49** **Muestra de obra**
50 El jersey



Cortesía de Matias Blomgren



Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances



El Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances nació de la necesidad de contar en América Latina con un premio de primer nivel, equiparable a los grandes premios internacionales. Doce instituciones mexicanas, agrupadas bajo la forma jurídica de asociación civil no lucrativa, se propusieron otorgar anualmente un reconocimiento semejante en su calidad, monto y prestigio a los galardones más importantes del mundo literario.

El premio pretende brindar el mayor reconocimiento a los escritores cuya lengua de expresión artística sean las lenguas romances.

El Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances consiste en 150 mil dólares, y se otorga al conjunto de una obra de creación en cualquier género literario: poesía, novela, dramaturgia, cuento o ensayo.

Un jurado de siete destacados intelectuales de las letras, que representan diversas nacionalidades, avala y garantiza la seriedad del premio.

El Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances se entrega una vez al año la última semana del mes de noviembre, teniendo como marco la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, a la que asisten editores, libreros, críticos y escritores.

La Asociación Civil Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances fue fundada por las siguientes instituciones:

- Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
- Universidad de Guadalajara
- Gobierno del Estado de Jalisco
- Petróleos Mexicanos
- Productora e Importadora de Papel, S. A. de C. V.
- Banco Nacional de Comercio, S. N. C.
- Banco Nacional de Comercio Exterior, S. N. C.
- Banca Promex, S. N. C.
- Ayuntamiento de Guadalajara
- Lotería Nacional para la Asistencia Pública
- Fondo de Cultura Económica
- Banco Nacional de México, S. N. C.





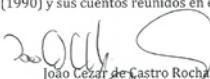
El día 27 de agosto de 2016 se reunió en la ciudad de Guadalajara, Jalisco, el jurado calificador de la XXVI edición del Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances, correspondiente al año 2016, integrado por João Cezar de Castro Rocha de Brasil, Ottmar Ette de Alemania, Alberto Manguel de Argentina/Canadá, Mercedes Monmany de España, Louis Chevallier de Francia, Jerónimo Pizarro de Portugal/Colombia y Philippe Daros de Francia. Una vez examinadas las candidaturas que se presentaron, el jurado decidió por unanimidad, tras cuidadosa deliberación, conceder el galardón a

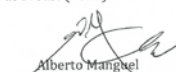
Norman Manea

Nacido en Suceava (Bucovina) el 19 de julio de 1936, Norman Manea es autor de una obra inmensa que no puede definirse por los géneros literarios tradicionales. Sus grandes temas son las lecciones de la memoria, la absurda violencia del siglo pasado, sus repercusiones en el presente y quizá por sobre todo, la cuestión de la identidad itinerante. Frente a las catástrofes de la Historia y a los exilios a los que estamos sometidos, Manea pregunta con agudeza e ironía cómo podemos definirnos en un mundo de espejos cambiantes.

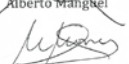
El personaje central de toda su obra es el judío errante encarnado en múltiples personalidades y épocas. La vieja Europa y el Nuevo Mundo se entrelazan en la obra de Manea para servir de escenario a sus peregrinaciones, con un acusado sentido del humor muchas veces negro.

En su extensa obra traducida a más de treinta idiomas se destacan los títulos: *El regreso del hooligan* (2003), *Felicidad obligatoria* (1999), *El sobre negro* (1986), *Payasos: el dictador y el artista* (1997), *La quinta imposibilidad* (2012), *El impermeable* (1990) y sus cuentos reunidos en el volumen *El té de Proust* (2010).

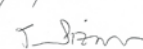

João Cezar de Castro Rocha


Alberto Manguel

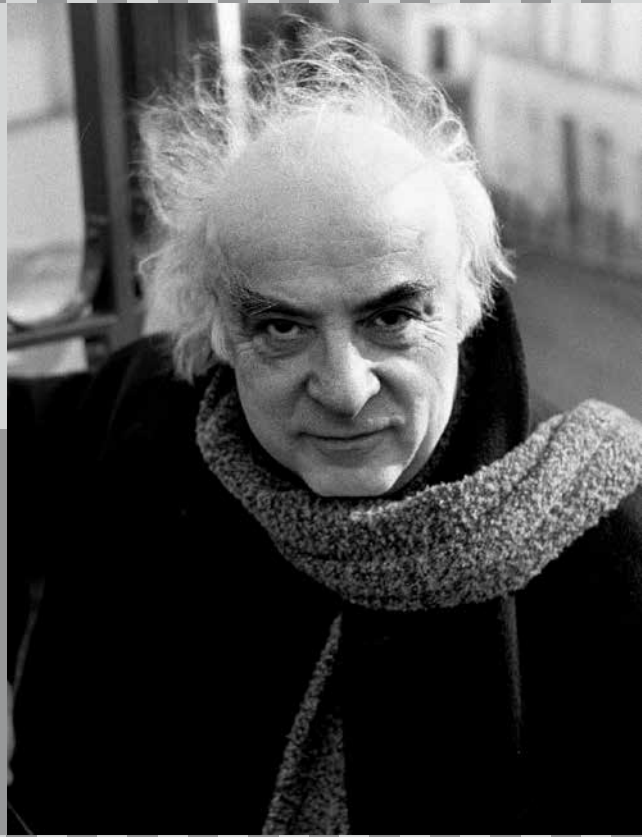

Ottmar Ette


Mercedes Monmany

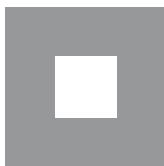

Louis Chevallier


Jerónimo Pizarro


Philippe Daros



Cortesía de Danilo De Marco



Norman Manea

Nacido en Rumania, en la provincia de Bukovina, la vida y el trabajo de Norman Manea fueron marcados por sus años en un campo de concentración, bajo la dictadura comunista y el exilio. Su crítica hacia la extraña mezcla de nacionalismo y comunismo en la vida política y cultural de Rumania fue seguida por la vigilancia reforzada y la censura.

Después de llegar a occidente (1986), los libros de Manea fueron traducidos a más de veinte idiomas, y sus artículos, ensayos y prosa corta aparecieron en muchos más países. Ha sido propuesto como candidato del Premio Nobel de Literatura por personalidades literarias y académicas, e instituciones de Estados Unidos, Suecia, Rumania, Italia y Francia.

Desde 1988 vive en Estados Unidos, es escritor y profesor de Estudios y Cultura Europeos en el Bard College, New York. Entre sus múltiples condecoraciones se encuentran el Premio Literario de la Asociación de Escritores de Bucarest (1979), el Premio Internacional Nonino, de Italia (2002), el Premio Holtzbrinck de la Academia Americana en Berlín (2005), el Premio Médicis Extranjero, de Francia (2006), el Premio Literario de la Fundación del Judaísmo Francés (2009), el Premio Palau i Fabre de ensayo en España (2012), entre otros. En 2016 recibió la más alta distinción nacional de su país natal, Steua Romanien (Estrella de Rumania).

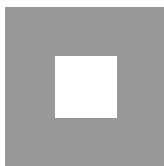
Bibliografia

- *Noaptea pe latura lunga*, Editura pentru literatură, 1969.
- *Captivi*, Cartea Românească, 1970.
- *Atrium*, Cartea Romaneasca, 1974.
- *Primele porti*, Albatros, 1975.
- *Cartea Fiului*, Polirom, 1976.
- *Zilele si jocul*, Cartea Romaneasca, 1977.
- *Anii de ucenicie ai lui August Prostul*, Polirom, 1979.
- *Octombrie, ora opt*, Apostrof, 1981.
- *Pero contur*, Polirom, 1984.
- *Plicul negru*, Cartea Romaneasca, 1986.
- *Despre Clovni: Dictatorul si Artistul*, Polirom, 1997.
- *Fericirea obligatorie*, Apostrof, 1999.
- *Casa melcului*, Hasefer, 1999.
- *Intoarcerea huliganului*, Polirom, 2003.
- *Plicuri si portrete*, Polirom, 2004.
- *Textul nomad*, Hasefer, 2006.
- *Vorbind pietrei*, Polirom, 2008.
- *I naintea despartirii*, Polirom, 2008.
- *Sertarele exilului*, Polirom, 2008.
- *Variante la un autoportret*, Polirom, 2008.
- *Vizuina*, Polirom, 2009.
- *Laptele negru*, Hasefer, 20010.
- *Curierul de Est*, Polirom, 2010.
- *Cuvinte din exil*, Polirom, 2011.
- *Ceaiul lui Proust, Fericirea obligatorie, Octombrie ora opt*, Polirom, 2015.

Bibliografía en español

- *El impermeable*, Vuelta, 1991.
- *Una ventana hacia la clase trabajadora*, Grupo Libro, 1992.
- *Octubre a las ocho*, EMECE, 1994.
- *El sobre negro*, Metáfora, 2000.
- *El sobre negro*, Alfaguara, 2001.
- *El regreso del húligan*, Tusquets, 2005.
- *Payasos. El dictador y el artista*, Tusquets, 2006.
- *Felicidad obligatoria*, Tusquets, 2007.
- *El té de Proust*, Tusquets, 2010.
- *La quinta imposibilidad*, Galaxia Gutenberg, 2015.





Norman Manea: el deber de la memoria

Mercedes Monmany

En una ocasión, tal y como cuenta el autor rumano más traducido y conocido de nuestros días, Norman Manea (Suceava, Bucovina, 1936), en su magnífico conjunto de ensayos *La quinta imposibilidad. Judaísmo y literatura* (2015) el escritor Martin Walser, con ocasión de serle concedido el Premio de la Paz de los Libreros Alemanes en la Feria de Fráncfort de 1998, diría que los intelectuales alemanes que desde la posguerra repetían incansablemente la retórica acusadora del Holocausto, alimentaban la ilusión de que “trabajando al servicio del recuerdo” obtendrían el perdón. Es decir, podrían situarse, aunque fuera por un momento, “más cerca de las víctimas que de los verdugos”. La “vergüenza alemana” –explica Manea– no sólo es alemana sino “de toda la humanidad”. “Quien no vea en el Holocausto el cuestionamiento de lo humano en sí, no tiene posibilidad alguna de percibir sus verdaderas dimensiones y su auténtico significado”.

También se lo repite Norman Manea a sus alumnos del Bard College de Nueva York en cada ocasión que ofrece su curso sobre “Literatura y Holocausto”: “A pesar de ser ante todo la tragedia de los judíos, el Holocausto no es una tragedia exclusivamente judía”. Una premisa esencial, fundamental, que todo lector, todo ciudadano, pertenezca a la nación que sea, tendrá que asumir y tener claro desde el principio. Lo impensable sucedió y ahora ya nos atañe a todos. Consagrado, de forma directa, nada elu-

siva, frontal y radical –como es siempre su estilo– a este difícil tema de la transmisión hoy en día del Holocausto “como cultura”, es decir, del conocimiento de este hecho sin parangón a través de textos, de reflexiones filosóficas, de relatos autobiográficos o de ficción e incluso de poemas, este conjunto de ensayos de Manea incluye al mismo tiempo un buen número de penetrantes, lucidísimos y nada convencionales análisis de obras y autores célebres de la literatura judía: el gran escritor en lengua yiddish del “risallanto” Sholem Aleijem; Mihail Sebastian y su impresionante *Diario* escrito durante la guerra mundial en Bucarest; el poeta rumano en lengua alemana Paul Celan y el escritor rumano en lengua francesa Benjamin Fondane; el autor israelí Aharon Appelfeld; el polaco Bruno Shulz; los Premio Nobel Imre Kertész y Saul Bellow; Philip Roth y su ciclo novelesco protagonizado por Natahn Zuckerman; las jóvenes judías asesinadas en los campos Anna Frank y Selma Meerbaum; Danilo Kis y su *Enciclopedia de los muertos*; el estremecedor relato *El girasol* del célebre cazador de nazis Simon Wiesenthal, o bien Kafka capturado en su *no man's land* y en su “teología de lo imposible”.

Una transmisión, la del Holocausto, a través de la escritura, que se debate, sin cesar, como ya advirtió Adorno en su célebre frase, entre la imposibilidad de dar testimonio “literario” después de Auschwitz, entre “el exorcismo hecho rutina”, entre aquel “lavado de culpas” del que habló de forma provocadora el escritor alemán Walser en la Feria de Fráncfort y esa obligación permanente de no callar, de no enmudecer. De no darle la razón a Baudelaire cuando decía que “la treta más astuta del diablo es convencer al hombre de su inexistencia”. De que el Mal absoluto es tan sólo un cuento de niños inventado para darles miedo por las noches.

Porque ese riesgo, el de seguir insistiendo sobre “una desgracia tediosa e insoportable”, esa advertencia incessante sobre una temible repetición, por imposible que parezca, como dirá Norman Manea, siempre está ahí, esperando. En la última década –añade este escritor– no sólo en el mundo musulmán, sino también en muchas democracias “viejas y nuevas”, el antisemitismo practicado por políticos, líderes religiosos y toda clase de “fabricantes de propaganda”, se ha multiplicado por encima de todas las expectativas y previsiones “hasta convertirse en una forma de odio diligente y global”. Y Manea sabe bastante de eso: desde su temprana infancia, tuvo que afrontar esta “patología”, como él la llama. Deportado junto a su familia a los cinco años a un campo de concentración de Transnistria (hoy Ucrania) del que regresaría en 1945 (“salí del campo como un viejo de 9 años”) tuvo que seguir sufriendo de esta idéntica patología durante la pesadilla “nacional-comunista” de Ceausescu. Pero ahí no se acabaría la cosa: exiliado desde hacía años en los Estados Unidos, una vez llegada la democracia, apresuradamente cancelados se supone todos los “pecados” y diversas “patologías” del viejo régimen comunista, en 1992, a raíz de un valiente texto publicado en la revista *The New Republic* (“Felix culpa”), en el que Manea acusaba duramente al ultranacionalismo rumano, ligado estrechamente a un feroz y mortífero antisemitismo de la élite cultural rumana de entreguerras (con Mircea Eliade a la cabeza) una parte de la prensa, recién llegada la democracia, lanzaría una campaña de enorme virulencia contra él. Se ensañaría contra este grandísimo autor de ensayos fundamentales de nuestra época como *Payasos: el dictador y el artista* (1997), de memorables libros de relatos como *El té de Proust* (2010) o *Felicidad obligatoria* (1999), de grandes

obras autobiográficas como *El regreso del húligan* (2003) o de novelas como *El sobre negro* (1986) y *La guarida* (2009). Como dijo en cierta ocasión un escritor judío en un periódico alemán –citado por Norman Manea–: “Ellos (los anti-semitas) nunca nos perdonarán el Holocausto”.

Un tema, los fantasmas y “pecados nacionales”, que vuelven, tras el fin de una época larga y devastadora, la Segunda Guerra Mundial y seguidamente la dictadura comunista, sin llegar nunca a enterrarse. Que incluso, progresivamente, con el tiempo, son dignificados. Ese es el trasfondo que planea sobre la gran novela de Norman Manea sobre el exilio y sobre el imposible olvido que es *La guarida*, la última de su producción. En esta novela, en la que un grupo de intelectuales rumanos exiliados a Nueva York se ven atrapados por su pasado, el personaje principal es un profesor, Agustin Gora (una especie de *alter ego* del mismo Manea). Gora hace años abandonó la Rumania comunista para establecerse en Nueva York (“la capital Dadá de los exiliados”) donde vive solo, con el recuerdo que no le abandona de una mujer que no quiso seguirle, la bella Lu. Desposeído de su lengua, de su tierra y de su familia, “extranjero entre extranjeros”, Gora vive refugiado en una especie de burbuja, la que le proporcionan sus libros y su querida biblioteca, “su guardia”. En ella es posible “reencontrarse con los amigos de su vida anterior, camaradas de confianza, interlocutores listos para devolverlo en un momento a sus costumbres, a humanizar su errancia”. Con la sola compañía de la literatura como patria Gora podría perfectamente vivir una existencia tranquila. Sin embargo, el pasado reaparece en la figura de su exmujer que llega acompañada de su primo y amante, Peter Gaspar, hijo de deportados e inadaptado crónico que

reivindica por encima de todo, como el personaje de *La montaña mágica* de Thomas Mann, Peter Peeperkorn, “la irresponsabilidad”. El destino de los dos hombres se unirá inopinadamente al comenzar Gaspar a escribir una biografía de otro célebre exiliado rumano a América, Cosmin Dima (nombre en clave en la novela del filósofo e historiador de las religiones Mircea Eliade). Los autores expatriados (sobre todo por su oposición al comunismo) tenían ahora “un aura mítica y algunos de ellos se había dado a conocer en Occidente tras la guerra”, gracias en parte a la división del mundo en bloques ferozmente enfrentados.

En el momento en el que Gaspar emprende el estudio sobre el eminente erudito Dima, que en la época de la guerra estuvo ligado a los grupos rumanos de extrema derecha pronazis y brutalmente antisemitas, los Guardias de Hierro (paralelos a los *camisas negras* mussolinianos o a los falangistas españoles) empieza a recibir amenazas de muerte. El mundo como laberinto del que “es imposible huir” (una frase de Borges que le gusta repetir a Gora) ha vuelto a perseguirlo y a turbarlo embrollando sin cesar, como sucede muchas veces en las novelas de Norman Manea, las pistas de enigmas que caminan, de forma paralela, entre lo real, el sueño y los fantasmas. Como señaló el escritor Claudio Magris en su ensayo “Segretti e no” (2014) acerca de este libro: “En el siglo XX floreció una cultura a menudo tramposa, confusa, que en ocasiones llevó a cabo un revoltijo y falsificó el universo del mito, despreciando las ideologías (las liberales y democráticas) en nombre de la infalible verdad de lo oculto o directamente en nombre de las peores ideologías, comprometiéndose a veces con la más contagiosa de ellas, con el fascismo y con el antisemitismo de raíz nazi. En la bellísima novela *La guarida* de

Norman Manea, Mircea Eliade, uno de los mayores representantes de esta cultura de adoración al Minotauro, está presente a través de un personaje inspirado en él, monstruo sagrado objeto de un culto intolerante con cualquier crítica, de una liturgia de *clowns*, sustancialmente cómica como sucede a menudo con la veneración de lo oculto”.

Incómodo para muchos al dedicarse a la áspera y dura tarea de revelar pasados borrascosos nacionales (como se demostró al denunciar el pasado fascista, nunca desmentido, de glorias intocables de la patria rumana como Eliade, en el citado artículo, “Felix culpa”, que causó en su día un sonoro escándalo y polémica), Norman Manea representa hoy, como pocos en nuestros días, la figura del escritor comprometido con su conciencia y su tiempo. El tiempo de ahora y el de hace años. Un escritor comprometido con los más espinosos tabúes y cuestiones impronunciables para muchos. Claudio Magris, en repetidas ocasiones, lo ha presentado como la figura del “escritor resistente”. Un escritor que si bien escogió un “refugio”, una guarida, para seguir escribiendo, enseñando (como *Professor of European Culture* en el Bard College de Nueva York) y leyendo en un país que no era el suyo –Estados Unidos– y con una lengua, el inglés, que nunca llegó a hacer suya como lengua de creación, nunca ha dejado de estar por otro lado ligado e implicado en los grandes debates de su época. Ya sea a través de la denuncia de un antisemitismo nunca cancelado o de las nuevas formas cada vez “más globalizadas” del odio y de la manipulación, así como de una incesante y cada vez mayor presencia de unos intransigentes y xenófobos nacionalismos surgidos no sólo en la Rumania post-comunista, sino en toda la zona de Europa antes perteneciente al Telón de Acero, bajo dominio

soviético. Unos ultranacionalismos, cercanos a los movimientos fascistas de los años previos a la última guerra mundial, cuyos fantasmas y fetiches recorren por igual tanto políticas extremistas como mitos culturales e históricos cada vez más descaradamente recuperados.

En toda esa ardua, lúcida e incisiva labor emprendida, que ajusta tanto cuentas con el pasado como con el presente más inmediato, Manea es y ha sido siempre el más sutil y penetrante diseccionador de mundos invisibles y subterráneos, de apestosas y a la vez tranquilas e inmóviles aguas estancadas. En todo ello, es el más cualificado dedo acusador, la más implacable mente alerta para interpretar a la luz del día, y sobre todo a la luz del día de las jóvenes democracias, aquellas opacas y a veces casi indescifrables maniobras con las que los poderes despóticos, no democráticos, buscaron un día perpetuarse a través de bárbaras y brutales megalomanías.

A esta tarea se une también el deber de la memoria de Manea como uno de los últimos sobrevivientes y guardianes de las tristes enseñanzas del Holocausto. Alguien que tiene que advertir a las jóvenes generaciones sin cesar para que ese u otros genocidios puestos en marcha en nuestros días, o en cualquier momento, nunca se reemprendan. Para que no se reinicien en ese inquietante “eterno retorno” o “tiempo cíclico” que ya anunció en su obra precisamente Eliade. Un intelectual éste de “aura mítica” que en su juventud, al igual que otros, militó en lo peor de aquel momento. Sin luego mostrar ningún tipo de arrepentimiento. El refugio de las universidades estadounidenses, donde muchos de estos grandes pensadores europeos borraban sus huellas (como sucedió también con el crítico literario, amigo de Derrida y teóri-

co de la deconstrucción, Paul de Man, retomado, con otro nombre, en la magnífica novela del irlandés John Banville, *Imposturas*), era el ideal. Tiempos de barbarie “huligánica” –como es el título del libro más conocido y traducido de Manea, *El regreso del húligan*– que igualmente serían recordados y sacados a la luz tras la publicación en 1996 del impresionante *Diario* del escritor rumano judío Mihail Sebastian. Gracias a esos espléndidos y terribles apuntes escritos entre los años 1935 y 1944, se conoció internacionalmente la relación de aquellos grupos de venerados intelectuales rumanos con el fascismo. Más tarde llegarían otras obras que ahondarían en el tema como el estudio de la historiadora francesa Alexandra Laignel-Lavastine (*Cioran, Eliade, Ionesco. L'oublié du fascisme: trois intellectuels roumains dans la tourmente du siècle*, PUF, París, 2002).

“Has venido al sitio adecuado”. Con estas palabras recibió “Philip” a “Augusto el Tonto”, de la Europa Oriental, en la primavera de 1988, a su llegada al Nuevo Mundo. “Philip”, en palabras de Norman Manea, no sería otro que el escritor Philip Roth, que se convertiría, lo mismo que Saul Bellow, Premio Nobel de Literatura de 1976, en un gran amigo del recién llegado a Estados Unidos, de aquel fugitivo “judío del Danubio”. Así le gustaba también definirse al escritor Mihail Sebastian. Por otra parte, la familia, igualmente judía, de Philip Roth había emigrado en su caso a principios del siglo XX desde la Galitzia austrohúngara a los Estados Unidos, huyendo de la miseria y de los no infrecuentes y periódicos pogromos. En cuanto a “Augusto el Tonto”, Norman Manea, ya en su excelente ensayo *Payasos. El dictador y el artista* había explicado este concepto o pareja fatalmente dual: en los regímenes totalitarios siempre se acaba representando el mismo “núme-

ro de circo” como lo llamó el poeta Paul Celan. Por un lado, el payaso Augusto el Tonto (“el artista inadaptado a la cotidianeidad”, una cotidianeidad impuesta como única) y, enfrentado a él, en la arena, el Payaso Blanco, que representaría el Poder, la Autoridad de cada momento.

Uno de los más grandes escritores de la actualidad, Norman Manea, se vería obligado a emprender, como explica en su magnífica novela autobiográfica *El regreso del húligan*, dos exilios a lo largo de su vida “con simbólica simetría”. La simetría funesta la establecerían los distintos totalitarismos que exterminaron y depuraron a lo largo del siglo XX en Europa a un buen número de no alineados, “extraterritoriales”, “desarraigados”, parias indeseables e inadaptados para el sistema de cada momento. “Dos exilios: a los cinco años, por culpa de un dictador (Antonescu, aliado de la Guardia de Hierro, los feroces fascistas rumanos de los años 30, entre los que se contaban por entonces Cioran y Mircea Eliade, como se recuerda en esta obra autobiográfica) y una ideología que se completó, a los 50 años, por culpa de otro dictador (Ceausescu) de ideología aparentemente opuesta...”. La maldición, el doble exilio que sufriría en sus propias carnes gente como Manea, se había cerrado como una garra, y el recordarlo, el recordar ciertos paralelismos más que incestuosos años después, incluso tras la llegada de la democracia, sería considerado de “mal gusto” por muchos de sus compatriotas. Una vil traición, a fin de cuentas, al gran pasado nacional, a figuras insignes que tienen que ser defendidas por encima de las ideologías, erróneas o no, con las que jamás hay que arreglar cuentas ni lavar trapos sucios a la vista de “todos”.

Norman Manea nació en 1936 en la Bucovina, región perteneciente al Imperio Austrohúngaro hasta finalizar la

Segunda Guerra Mundial, en que pasó a formar parte de Rumania. Zona de raíces eminentemente literarias, era también el lugar de origen del gran poeta en lengua alemana Paul Celan, del genial autor Gregor von Rezzori y del escritor israelí de nuestros días Aharon Appelfeld. También era una fabulosa confluencia de lenguas, culturas y religiones distintas, como recordaría Norman Manea: “En la Bucovina de mi infancia se hablaba el rumano, el ucraniano, el yiddish, el alemán, el polaco y una rara mezcla del eslavo, característica de los rutenos. Era una auténtica Torre de Babel. Mis padres sólo me hablaban en rumano, pero cuando salí del campo a los 9 años además hablaba perfectamente el ucraniano, el yiddish, el alemán y el ruso. Pero sólo el rumano era la lengua de mi corazón, la que permitió mi renacimiento. Ninguna de las lenguas a las que emigré en algún momento se convirtió en mi lengua interior. El rumano se convirtió en mi lengua nómada, en la casa que me llevé siempre conmigo al exilio, la que llevo sobre mis espaldas, como un caracol lleva su casa”.

A los cinco años, Norman Manea sería deportado en vagones de ganado, junto a su familia, al campo de concentración de Transnitria, en Ucrania, donde también estuvo internado el poeta Paul Celan. Una etapa atroz que quedará reflejada en sus impresionantes relatos reunidos con el título de *Octubre a las ocho* (1981), inspirados en aquella aterradora experiencia infantil del Holocausto. Al final de la guerra, parte de ellos, de los internados en el campo, regresarían a su lugar de origen, Suceava, en la Bucovina, donde su padre, un honrado contable judío, escéptico respecto a la política, fue invitado a convertirse en “el camarada Manea”. ¿No habían ejecutado los comunistas al infame mariscal Antonescu, “aliado de Hitler” y responsable de

haberlos enviado al campo de concentración, donde perecieron como moscas? ¿No había liberado el Ejército Rojo ese mismo campo? Lo más lógico, sino agradecido por su parte, era ingresar en el Partido. Lo haría y también su hijo adolescente, futuro escritor, que se convertiría automáticamente en jefe de los Pioneros. Una ilusión, “un veneno del compromiso y de las proezas revolucionarias” que duraría poco. Justo hasta las primeras asambleas, expulsiones y delaciones, que comenzaron a hacer aparecer las “dudas que roían el interior de la carcasa”. “Actores sin dotes para el poder” aun cuando, al principio, los atraiga, magnéticamente, la puesta en escena “de la utopía y la teatralidad”. Una utopía llena de promesas que, después de haber pasado una infancia en un campo por la única culpa de ser judío, no parecía algo tan descabellado (“no soportaba volver a la psicosis del gueto, quería pertenecer a una comunidad mayor, universal, como parecía la idea comunista”).

En 1958, su padre, director de una empresa estatal, sería detenido por un delito absurdo, no haber pagado supuestamente un paquete de carne. Una componenda gracias a la cual los que implantaban golpes de terror periódico trastocaban así “el escalafón de la *nomenklatura*”. La visión de su “uniforme” en la cárcel, al ir a visitarlo, le traerá a la memoria a su hijo la visión de nuevo de “un piojo”, como cuando estaban en el campo de Transnitria. Más tarde, tras licenciarse en ingeniería, el joven Manea alternaría su profesión con la escritura, hasta que, con el deshielo cultural de 1965, pudo dedicarse ya plenamente a la labor de escritor. Descubierta en Europa por un deslumbrado Heinrich Böll, en 1988, aprovechando una estancia en Berlín, proporcionada gracias a una beca, se decidiría a no volver y se instalaría definitivamente en Nueva York.

Amargo, incisivo, de una penetrante y lúcida ironía que saca a la superficie en todo momento las contradicciones y los lazos ocultos más vergonzosos y siniestros compartidos por los totalitarismos, leer hoy a inapreciables testigos directos de lo que fue en tiempos la barbarie “huligánica”, como es el caso de Manea, es en nuestros días casi una obligación, un deber de respeto a la memoria de toda la humanidad en su conjunto.

Como otros grandes escritores centroeuropeos de nuestro tiempo, igualmente judíos –los húngaros Imre Kertész, Premio Nobel de Literatura de 2002, y György Konrád, o el serbio Danilo Kis– el rumano Norman Manea estaría marcado también de forma indeleble por el peso de un pasado y de una doble tiranía sufrida de forma sucesiva: la nazi y la comunista. Todos ellos se convertirán en unos maestros inigualables a la hora de describir artísticamente esta devastadora experiencia, enmarcada en su caso, ya para siempre, en una magnífica y perturbadora amalgama de géneros que no renuncian a nada en el relato: ni al ensayo, ni a la reflexión filosófica, histórica y política ni, por supuesto, a una ficción fantasmagórica, irónica y paródica, habitante de un submundo gris, donde prima, como ley de vida cotidiana, la miseria moral y material, la sospecha, el miedo y una cierta complicidad generalizada. Todo ello, ensamblado, casi de forma indistinguible, a la propia biografía de cada cual. Biografías en las que no estará excluido, el trauma y tragedia del Holocausto. Escritores que se convertirán en maestros difíciles de sustituir a la hora de edificar un lúcido discurso sobre las relaciones, tantas veces tenebrosas y kafkianas, del intelectual o del artista con el Poder y con la ley que emana de ese Poder absoluto, dentro de un Estado autoritario.

Un día, residente ya en los Estados Unidos, Manea corrigió sustancialmente en su magnífico ensayo *Payasos. El dictador y el artista* una frase de Thomas Mann. Decía Mann que “la libertad es una cosa más complicada y delicada que el poder”. A lo que Manea contestaría que el poder “con todas sus patológicas implicaciones” es algo mucho más sutil y complejo, mucho menos visible y evidente, que un “mecanismo simple y directo”. Pensar lo contrario significaría “olvidar con demasiada rapidez los tortuosos subterráneos del sistema totalitario”. Incluso en las democracias, ese mismo y metamorfoseado Poder no estaría exento, añadía Manea, “de numerosas zonas tenebrosas”. Cuando en 1989 cayó la dictadura de Ceaucescu, los túneles de la Securitate –la temible policía política del régimen– visualizaron de repente ante el mundo, sigue contando Manea en su ensayos *Payasos...*, “un sistema de terror, duplicidad y corrupción mediante el cual la tiranía urdía, entre amplios estratos de la población, un aparato de intimidación, infinitamente complejo y siniestro”. En un país con cuatro millones de afiliados “oportunistas” al partido del poder y con una gigantesca red de delatores, añadía Manea, ese “largo y complejo proceso de degradación impuesto por el Poder” sería mucho más arduo de curar que las dificultades inmediatas, de carácter material, económico o administrativo, que habrían de superar aquellos “antiguos cautivos”. Al finalizar la guerra, tras la “confusión feliz” de la posguerra, se consolidó en Rumania un Estado comunista de un solo partido. Es entonces cuando el niño antaño preso, “exaltado” por la liberación, cayó brevemente “en las redes” del Partido Comunista, un proyecto utópico para cualquier niño de pasado traumático. A los dieciséis años, sin embargo, despertó totalmen-

te y rompió con la nueva pesadilla. Alejado muy pronto de aquel sueño de la utopía de una *Felicidad obligatoria* (título irónico de cuatro espléndidos relatos de Manea escritos en torno a la cautiva y vigilada existencia de los ciudadanos que viven bajo una dictadura, obligados a vivir así en pos de su “bienestar y felicidad”), cada vez más hostigado por las autoridades, en 1986, aprovechando una salida a Alemania, emprendió dolorosamente el camino del exilio, sin por ello abandonar nunca su lengua materna de creación, el rumano.

Observador de continuos “paralelismos más que incestuosos” y creador literario tristemente privilegiado por su doble condición de perseguido (como judío y como opositor al régimen comunista) Manea provocaría en su país sonadas polémicas, muy mal vistas por los evocadores de lo “nacional”, sin calificativos de ninguna clase, una vez llegada la democracia. Se convertiría en un afiladísimo y cáustico ojo crítico, en el más sutil y penetrante diseccionador de un mundo invisible y subterráneo que atravesaba, día a día, las peores pesadillas y las más opacas e indescifrables maniobras con las que un poder despótico, no democrático, buscaba perpetuarse. Un terror que se conseguía, como se narra en el escalofriante relato “El interrogatorio” (perteneciente a su espléndido libro *Felicidad obligatoria*) por medio de la intimidación psicológica, de la más absoluta anulación de las víctimas y de un cínico sadismo, en medio de escenarios muchas veces, paradójicamente, exentos de violencia. Un envilecido clientelismo y un “lenguaje patológico y estratificado”, intraducible, se unirían a una raza de funcionarios arribistas, especialmente entrenados para dominar y asentar aquellas suprarrealidades inconcebibles desde otras circunstancias o

percepciones de mundos en libertad. Una plúmbea red de “enchufes, mordidas y apaños”, de pequeñas extorsiones, leves insinuaciones, presiones, vigilancias atenuadas o no de forma desconcertante y caprichosa, en las que “cada secuencia banal contendría la biografía de toda una época” (como se dirá en su relato “Biografía robot”), convivirían de forma indisoluble, en “una suma o síntesis” sin interrupción posible, dentro de aquel estado grotesco de paranoia y sospecha generalizada en el que vivían todos. Algo perfectamente visible en el excelente relato “La gabardina”, homenaje o relectura de “El capote” de Gógol.

En su libro *Payasos. El dictador y el artista*, en el que se incluían tanto el polémico texto (polémico desde el punto de vista de supuestos y agraviados nacionalistas rumanos) que Norman Manea le dedicaría al pasado fascista de Mircea Eliade, como una muy emocionada evocación de la personalidad de Mihail Sebastian, este gran escritor dedicaba una parte central de su libro a la figura del artista obligado a representar, en la tragicómica escena circense de los regímenes totalitarios, el papel del bufón, del payaso. Augusto el Tonto, diría Manea, “agrandando hasta lo grotesco”, mientras esquiva sus golpes, la tenebrosa labor del Tirano, del rey absoluto de la pista, que “manipula, ordena e impone la disciplina, castiga y premia, según las sádicas normas del Mal y la Mentira”. Algo que volverá a decir de forma parecida en su magnífica novela *El sobre negro*: en esos estados de perversión de valores a gran escala que son las dictaduras, “se tiene derecho a participar en el Mal, pero no a luchar contra él”. Las rutinas, los antiguos valores, la felicidad, siguen existiendo como sucedáneos, como tristes copias e imitaciones forzadas, dentro de una especie de gran y tenebrosa mascarada general, como re-

cordaba también irónicamente en su recopilación de relatos *Felicidad obligatoria*.

Heinrich Böll (al que luego se añadirían otros grandes escritores de su tiempo como Günter Grass, Octavio Paz, Philip Roth, Saul Bellow, Antonio Tabucchi, Orhan Pamuk o el citado Claudio Magris) sería unos de los primeros en llamar la atención sobre este gran creador, uno de los más grandes del espectro europeo: “Norman Manea, más que cualquier otro escritor contemporáneo, merece ser conocido en el mundo entero”. Lo mismo que el Premio Nobel de Literatura Imre Kertész, Norman Manea, habitante de niño en un campo de concentración, haría de aquel infierno atravesado su peculiar escuela de vida y aprendizaje. Estaría fatalmente destinado a conocer, como un triste y sombrío privilegio proporcionado por el destino desde los primeros años de su vida, el contacto directo con el Mal así como, más tarde, la experiencia de la doble e intercambiable tiranía: la nazi y la comunista del Telón de Acero. Una cuestión crucial a la que tanto el gran autor húngaro como Manea le dedicarían una atención paralela y muchas veces superpuesta, de constantes resonancias autobiográficas, en sus respectivas obras. Como recordará en su novela *El sobre negro* este gran escritor rumano con su causticidad habitual, unos y otros se copiaban y pasaban los modelos: “No era ningún artista el genial Adolf, no puede compararse con el pope de Georgia... ¡Ése sí era un artista! Supo utilizar los trucos del otro, todo lo que le servía, el nacionalismo, el internacionalismo, el ateísmo, la religión, todo”.

Si James Joyce realizó una parodia magistral, desde el exilio, de su orgullosa pero frustrada Irlanda natal; si Musil satirizó sin piedad la decadencia e inmovilismo agóni-

co del Imperio de los Habsburgo; o Bulgákov e Ilf & Petrov (citados en *El sobre negro*) hicieron lo mismo con la degeneración cotidiana y soez del sistema soviético, Manea se ha convertido con el tiempo en el más feroz e implacable retratista de la sociedad de su país, Rumania, durante los años de la dictadura de Ceausescu. Como si se tratase de una esperpéntica y sombría obra teatral, que navega sin cesar entre una realidad abolida y una pesadilla en la que no dejan de surgir espectros del pasado que lanzan sus mensajes, sus incómodas “cartas”, a una ficción de presente letárgico, basado en la sumisión y la ambigüedad de discursos estereotipados, el autor nos presenta sarcásticamente a unos figurantes, que son en sí mismos un resumen concentrado del régimen de Partido único y uniformidad obligada: “Helos aquí: a los abigarrados figurantes de la gran farsa, al gran ejército de los vencidos que rechaza la salud, la indiferencia y la normalidad”. Una farsa o investigación detectivesca que en el Bucarest de principios de los ochenta, ese *petit Paris* de antaño, por cuyas calles caminan hoy “hombres alegres y olvidadizos”, emprende un intelectual, “un lunático” por elección y escapismo, Tolea Voinov, cuyo padre, filósofo de prestigio y “judío errante” que predijo con claridad “la llegada de los bárbaros”, se suicidó cuarenta años antes. Tolea, profesor depurado que trabaja ahora como recepcionista en un hotel, acaba de recibir un misterioso sobre negro que quizá contiene la verdad de aquella desaparición. Junto a Tolea, junto a Matei Gafton, el periodista jubilado de “medios oficiales” que ahora se dedica a “redimir su pasado”, o junto al siniestro psiquiatra Marga que reparte condenas inapelables y grados diversos de adaptación y conformismo en sus pacientes (“los suicidios colectivos

son rarísimos”, dirá cínicamente), desfilará todo un Gran Teatro del Mundo, aplicable a cualquier dictadura: el bufón, el nihilista, el falsificador de pasados nazi-fascistas, el “revolucionario profesional”, el delator, los “informadores”, “los funcionarios de doble función”, el pragmático (“¡aquí y ahora es el único código válido”) o el infatigable manipulador que difunde sospechas como forma de vida y de promoción.

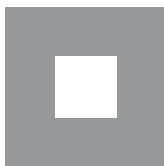
Excelente cuentista, aparte de novelista y memoria-
lista, el libro de relatos *Octubre a las ocho* (1981), que obtendría al traducirse al inglés el National Jewish Book Award de 1993, sería una de las más bellas e impresionantes obras de Norman Manea, a través de la cual se le conocería internacionalmente, situándose de inmediato al nivel de otros grandes escritores centroeuropeos de su tiempo como Danilo Kiš, el húngaro Imre Kertész, el checo Milan Kundera o el polaco Czeslaw Milosz. A este volumen se le añadirían otros cuentos más, de igual calidad formal y estilística, publicados con el título general de *El té de Proust. Cuentos reunidos*. Se trata de unos relatos que hablan sobre todo del hecho feliz, pero también traumático y premonitor de futuros e incesantes conflictos, del regreso. Un regreso ambiguo, rebosante de sensaciones y deseos ansiosamente acumulados que, como se dirá en el relato “Las botas y el violín”, significa, más que nada, “su única venganza”. Un regreso preparado a conciencia durante cinco años, en un campo de concentración, mientras se conservaba con perseverancia no sólo la vida, sino todo un gran bagaje simbólico que encarnaba “este último resto de riqueza”, proveniente de la satisfacción, y el desafío, de demostrar que contra todo en contra –contra el frío glacial y los harapos que apenas los cubrían, contra el

hambre obsesiva que marcaba cada minuto del día robado a la muerte—ellos habían sobrevivido. Con las pequeñas aventuras acaecidas en las mismas fauces de un destino incomprensible, los niños, en los campos, nunca dejaron de retar a este destino, ni de jugar y culminar insignificantes victorias, embargados de la emoción de demostrar que eran “más fuertes que los perros, que los guardianes, los uniformes, los piojos, las balas, el bosque y los terrores que los acosaban”.

También salvar objetos, gestos y rituales cotidianos de un pasado del que fueron abruptamente arrancados era un acto de resistencia. Como, por ejemplo, conservar un pedacito sucio de azúcar inutilizado a modo de reliquia, para un té, en realidad un aguachirle imbebible que, idealmente, les trae a todos un breve momento de paz y el recuerdo de “un mundo al que no teníamos que renunciar”, como les decía el abuelo. Porque él “no había renunciado a nosotros y no podría prescindir tampoco de nosotros”. Pero el tiempo del regreso que cae desordenadamente como una “avalancha” de cosas nuevas y desconocidas (primeras comidas, primeras camas, primeras prendas de ropas) es también, cronológicamente (1945, 1946, 1947) el tiempo de la construcción del socialismo. El niño “regresado”, que nunca perderá de vista los signos de “mal agüero” ocultos entre los cuentos, así como la amenaza de que en cualquier momento puede ser “enterrado de nuevo en la suciedad y en la oscuridad, cubierto de roñas y desastrado, gruñendo entre otros como él”, quedará hipnotizado durante una época por las promesas de los nuevos tiempos. Halagado por todos, en el campo de pequeños pioneros socialistas lo saludan como un futuro escritor en ciernes y lo reverencian como un “héroe popular y autoridad cultural”.

Algo que tendrá que alternar con su otra y vieja identidad: la que le prepara, como joven judío, durante meses, y con otro tipo de instructores, a celebrar de forma adecuada la ceremonia del Bar Mitzvah que le une a los suyos.





Norman Manea, el equilibrista punk de los Cárpatos

Alejandro Martínez, Zapa

La oncena pícara de 1994

Eran de carne y hueso aquellos miembros de la selección de fútbol de Rumania que participaron en el mundial USA 1994. El equipo presentaba un estilo de juego ofensivo a lo largo del terreno de juego, como mínimas embarcaciones desplegaban su singular camiseta amarilla en ataques contundentes y posesión del balón. Este peculiar estilo se horneó en los Cárpatos, pues la selección, encabezada por Gheorghe Hagi, Gheorghe Popescu, Dan Peterscu, Ilie Dumitrescu, Marius Lacatus, entre otros, eliminó a la escuadra argentina en cuartos de final con un marcador de 3-2, sin la gracia ilusionista de Diego Armando Maradona –quien fue suspendido por la FIFA por dar positivo en el examen antidoping–. Sin embargo, la albiceleste contaba con Diego, el cholo Simeone y Gabriel Batistuta. El equipo rumano pasó a semifinales, en esa instancia perdieron ante Suecia en la serie de penaltis. Era la segunda ocasión consecutiva que esta selección clasificaba a un mundial y dejaron entre los aficionados del planeta una buena sazón a pasto endulzado, en ese cálido verano futbolero. Muchos de los equipos de las ligas más importantes preguntaban por aquellos ladinos del balompié, el más talentoso, Hagi, fue adquirido por el F. C. Barcelona. Otros desorientados y simples aficionados nos preguntábamos acerca de un país llamado Rumania, aquella misteriosa nación de Europa del

Este, centinela del Mar Negro, del cual teníamos pocos referentes en México: uno databa del siglo XV y era conocida como la historia mítica de Vlad Tepes, *El empalador*, príncipe de Valaquia y miembro de la orden del dragón, además de ser un férreo defensor del territorio rumano ante la invasión otomana. Este personaje creó fama en la forma en que castigaba a sus enemigos. Se dice que el escritor irlandés Bram Stoker se inspiró en su vida para escribir una espeluznante novela de horror cuyo protagonista es un vampiro: Drácula. El segundo era la carismática gimnasta Nadia Comaneci, una mujercita de apenas 14 años que se graduó con la calificación de 10 que le otorgaron los jueces, el 18 de julio de 1976 en los Juegos Olímpicos de Montreal. El último dato alusivo provenía de la parcela generosa de la narrativa: la primera edición de la novela punk, *El impermeable* de Norman Manea, editado por Vuelta en el año 1991, traducido minuciosamente por Aurelia Álvarez Urbajtel.

El quehacer de los tiranos

Un lustro atrás del mencionado mundial de fútbol de 1994, el contexto histórico en el que se desarrolla la novela, y la composición geopolítica del planeta, era totalmente diferente y un poco enredoso para entenderlo a la distancia. Se acercaba el apocalipsis de la denominada guerra fría; este término surgió al concluir la Segunda Guerra Mundial y enfrentaba a dos potencias innegables por el control del poder, en la esquina izquierda del cuadrilátero: la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas *versus* el contrincante apostado a la derecha: Estados Unidos de América. Ambas posturas estaban armadas hasta los dientes –bombas nucleares incluidas– por lo que la lucha entre ellas se cen-

tró en hacer valer su influencia y poderío en diversos países del mundo. Las naciones capitalistas promovieron, en 1949, la creación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y los países socialistas fundaron el Pacto de Varsovia en el año 1958. A este último pertenecía Rumania, junto con sus vecinos geográficos: Hungría, Bulgaria, Checoslovaquia, Yugoslavia y Polonia. Compartían, además del territorio colindante, un rasgo distintivo de la época: en el periodo de la posguerra, fue eliminado el multipartidismo, erigiendo al Partido Comunista como candidato solitario a dirigir la nave del sistema, ilusionados en el modelo soviético y su gran utopía de emancipación. De esta forma, las nacientes repúblicas eran gobernadas por líderes que habían participado en batallas épicas en la defensa de su país ante la embestida nazi, en algún momento fueron considerados próceres de la nación y notables patriotas, pero el abuso en ejercer el poder fue llevándolos a prácticas dictatoriales que verbalizaron el axioma maquiavélico: el fin justifica los medios.

No fue Nostradamus quien vaticinó estas lamentables situaciones del agandalle de poder en un periodo posmonárquico, sino un dramaturgo anarquista de origen francés, Alfred Jarry, al estrenar en 1896 su picante obra *Ubú Rey*, quien encarnaba a un personaje ambicioso, flatulento y glotón, pero cuando había peligro en la comarca se escondía en las enaguas de su mujer. Jarry, influenciado por la vanguardia simbolista, visualizó el panorama del naciente siglo, los tiranos llegarían tarde que temprano a la cita, para adueñarse del tablero ajedrecista.

Conocidas en el mundo entero, las prácticas dictatoriales se describen por sí solas. Uno de los ejemplos más claros es, sin duda, el implemento de la censura, todo aque-

llo que huel a libertad era considerado de inmediato peligroso para la sociedad. Por ello, enviaban a las calles una cantidad considerable de agentes secretos que escribían, en sus máquinas de escribir portátiles, reportes de los sospechosos *enemigos de la clase obrera y del país*, quien se atrevía a pensar diferente era etiquetado como enemigo público. Es oportuno señalar que en los discursos los culpables eran los espías extranjeros que provenían del capitalismo salvaje y que querían imponer la doctrina del tío Sam.

En el año 1965, en Rumania es elegido en la votación presidencial Nicolae Ceausescu, ocupando el poder durante 24 años. En un principio mantuvo una postura ideológica ensalzando el patriotismo y manteniéndose internacionalmente al margen o desaprobando las intervenciones quirúrgicas de la URSS en la llamada primavera de Praga, corazón de Checoslovaquia. Sin embargo, en su política interna, mantuvo la mano dura estalinista que funcionaba muy bien en la estructura comunista, una industria pujante pero a costa de jornadas excesivas en la comunidad obrera, de modo que la economía, pese a que en sus inicios estaba muy bien, empezó a tener síntomas de un deterioro, y se tuvo que imponer un plan de austeridad. Los grupos disidentes eran encarcelados y torturados, pocos sobrevivían para contarlos. En la década de los ochenta, iba en aumento el índice de pobreza, los insumos escaseaban, el hartazgo en la población hacia el régimen se intensificaba pese a la policía secreta, lo que dio lugar a masivas protestas, manifestaciones de obreros y campesinos, exigían reformas como la perestroika, o la glasnost implementadas en la Unión Soviética. Ante la cerrazón de Ceausescu, poco a poco se fue quedando solo y esto fue uno de los detonantes de la caída del régimen con la lla-

mada revolución rumana de 1989 al estallar en diciembre la revuelta en la población de Timiosara, luego seguiría Bucarest, Sibiu y Arad. Los militares no pudieron controlar la situación, hubo francotiradores que disparaban a la población civil, barricadas, quema de autos y oficinas gubernamentales. En un acto nunca antes visto, los militares se unieron a los manifestantes lo que condujo a la huida del dictador junto con su esposa Elena Ceausescu. Fueron capturados en Targoviste y condenados a muerte en la Navidad de ese año, ambos perecieron fusilados.

En medio de tales acontecimientos, trashuman, en ese efervescente territorio, el notable escritor Norman Manea, dejando rastros de tinta en las paredes de Bucarest y zigzaguean por los campos minados los once pícaros de los Cárpatos.

El escritor escondido detrás de un bonsái

La mundanidad se alimenta de las acciones más simples del hombre, esa práctica cotidiana y minuciosa sobre la faz de la tierra propone artes y oficios extraordinarios e ingeniosos como la tejedora de un colorido atrapa sueños, el dinámico guardaguja sudoroso en una estación de ferrocarril, un taller de compostura de relojes –como si el tiempo pudiera curarse del todo– o el afilador de cuchillos que se anuncia por las calles tocando una pequeña armónica. La escritura le debe tanto a esta confabulación popular que la consagra haciendo sublime el ejercicio de la creación literaria. Norman Manea ha interpretado muy bien estos signos, y cuando deja de ser un nocturno peregrino, se instala en su salita orfebre, abre cuidadosamente el cajón de las palabras, las engrana en eslabones de histo-

rias, ordeña al mundo como un inquieto terrenal que mira al horizonte.

Norman Manea nació el 19 de julio de 1936 en Bucovina, Rumania. Por su origen judío, cuando era niño fue forzado a trasladarse junto con su familia a los campos de concentración ucranianos, deportados por las autoridades rumanas a fines al régimen fascista de la barbarie nazi. Retorna a su país en 1945 en calidad de sobreviviente. Después, aunque no lo creamos, estudia ingeniería en el Instituto de Construcciones de Bucarest, y trabaja en el ramo urbanista. En este tiempo no cree tener problemas serios entre la escritura y su carrera profesional más inclinada hacia los números, pero en el año 1974 toma la decisión de dedicarse por completo a la literatura. Las letras, una vez más, ganan la partida.

Empieza a publicar cuentos en el año 1966 en revistas de manufactura vanguardista, posteriormente su prosa enriquecida peregrina hacia otros campos como la novela y el ensayo donde recibe buenas críticas del gremio intelectual, pero su obra indigesta y pone de malas a las autoridades del régimen comunista, y cómo no habría de incomodarlos si en ella hace una abierta crítica al sistema, cimenta una postura de compromiso social y ventila los desorbitados privilegios, algo así como los sueños zaristas de la clase gobernante que se contradicen en sus discursos de igualdad social. Ante este destape, los ministros culturales esgrimen la filosa censura y prohíben leer sus creaciones. Esto, en lugar de domesticar al autor, le motiva a escribir en la misma línea. El fuego interno no para y el artista fragua las siguientes obras: *Octubre a las ocho*, un libro de cuentos, *Al borde*, obra ensayística, al igual que *Payasos. El dictador y el artista*. Retomando la senda de la narrativa, redacta *El so-*

bre negro y Felicidad obligatoria, entre otras. En 1984 gana el premio de la Unión de los Escritores Rumanos, pero es anulado por quienes ya mencionamos, dos años más tarde es obligado nuevamente a exiliarse del país. Recorre varias naciones hasta que radica oficialmente en Nueva York, donde es catedrático de cultura europea en el Bard College. Este deambular por varias ciudades del mundo lo comenta en el texto *La casa del caracol*, una linda metáfora de cómo llevar una nación escribiendo en el idioma rumano y éste sería el hogar materno dentro de uno mismo:

... pensando que podía sustituir al país con la lengua. Sólo me quedaba llevarme mi lengua, mi casa conmigo. La casa del caracol. Allá donde fuera a naufragar, ésta sería, lo sabía, el refugio infantil de la supervivencia.

Manual del generoso

Norman Manea se aparece en la ciudad de Guadalajara, tiene una imperiosa necesidad de empaparse de la cultura tapatía, para ello viaja en un camión urbano y descubre otra causa importante para que los usuarios se acomoden en los asientos amarillos, grafitea con fina letra *Para uso exclusivo de neuróticos* –junto al conductor–, *Para uso exclusivo de lectores* –en un sitio con la ventanilla polarizada– baja del autobús una vez finalizada su travesura. Hace tiempo trazó una línea entre el contexto histórico y su espíritu creativo, toma la pluma con ambas manos y recorre centímetro a centímetro el delgado hilo, es un trapecista que apenas se bambolea, abajo como telón de fondo la sociedad superficial resentida por ser descubierta y, peor aún,

expuesta en su obra, espera un traspié, un descuido o que se rompa la delgada madeja –y de paso la cara. En las alturas, Manea y su mirada narrativa se concentran hacia el objeto humano como un espectáculo que nunca termina, sabe cómo descifrarlo. Abajo ya cayó el muro de Berlín, colapsó la Unión Soviética, terminó el siglo XX y con él se fue el milenio. La otra orilla es la terquedad de seguir escribiendo mientras se desplaza en la cuerda floja, empieza una leve llovizna, recuerda la novela *El impermeable*.

¿Por qué *El impermeable* puede considerarse una novela punk? Los estudiosos del fenómeno contracultural coinciden en la definición de este género musical –que empezó a retumbar en la primera década de los años setenta– como una expresión juvenil de los suburbios más rabiosos ante la decadencia de los sistemas represivos; sus líricas abordan las problemáticas sociales y el vacío existencial, parecía que esta generación asistió al mismo catecismo pesimista cuyo credo fue el poema “Así es y no hay esperanza” del poeta *beat* Allen Ginsberg. Otro rasgo distintivo que lo caracteriza es la efímera duración de sus canciones, y el peso de la canción recae en dos o tres acordes. Ante todo ello, la novela de Norma Manea se emparenta con cada uno de estos tópicos: a lo largo de la obra es latente la mordaz crítica al sistema comunista rumano, a la élite aburguesada que se vinculaba camaleónicamente a los tiempos políticos, obteniendo privilegios que la mayoría de la población no tenía acceso, además, la obra contiene 60 páginas, sin capítulo alguno, es decir, en términos musicales, todo el rasgueo narrativo y el solo de palabra es en un timbre sonoro.

La narración inicia con el nuevo dictamen del decadente sistema rumano, el cual es el comentario sorpresi-

vo de los personajes del relato: “A partir de ahora, ya no se harán los reportes en los despachos oficiales. Han cambiado de modo, han encontrado una solución más original”, la sentencia es reveladora, pues, a partir de ello, los oficiales-sabuesos del sistema, podrán obtener llaves de las casas para hacer mejor el trabajo de soplones, es más, los inquilinos agachones podrán hacer citas por adelantado para ser inspeccionados de que vivan bajo las condiciones asfixiantes del régimen sin quejarse. Esta novela teje una historia entre tres parejas que viven de cerca el declive, por lo cual, su condición de vida ha sido mermada. Por una parte, *Los Stoian*, conformado por Alexandru I, mejor conocido como Ali y su esposa Ioanna. *Los Beldeanu*, integrados por Vasile Bazil y su esposa Dina, también llamada *Lady Di*; la tercera pareja la componen Felicia y un personaje rico en heterónimos: *el bebé, el inocente, el sabio, el chiquillo*. Todo ocurre cuando viajan en un auto a la zona de los lagos, donde *Los Beldeanu* ofrecen una cena particular en honor a la vieja amistad que los ha unido y separado a lo largo de muchos años. Los anfitriones todavía ostentan un rango un poquito arriba de los demás, pero el militar en el Partido y mantenerse en gracia con el régimen no basta. Ser figuras inciertas los hace relacionarse con otra gente, en el entendido de que en cualquier momento estarán condenados al óxido. Es por ello que echan la casa por la ventana, una gran comilona con charolas y cubiertos de plata, el menú demasiado generoso donde abundan diversos platillos con ingredientes como la pasta, el queso, la carne magra, las espinacas, el pescado, el becerro, tartaletas de pavo, de eneldo, de paprika –podemos pasar saliva–; le siguen los postres y desde el inicio las bebidas espirituales como el vodka, el coñac y el whisky acompa-

ñan la reunión. Los invitados repiten una y otra vez plato. Al calor de las copas, el ambiente se relaja y comienzan a tocar los temas incómodos: “Las filas de espera para el pan, la leche, más el papel de baño, más palillos de dientes, más, más, más. El barullo en los transportes y las calles mal alumbradas y los apartamentos mal calentados y las patrullas armadas y las neurosis y los abortos clandestinos y la destrucción de los viejos barrios de hoteles particulares y el nacionalismo”.¹ En una falsa conmiseración, Vasile Beldeanu sermonea a los asistentes diciéndoles que no ha sido sencillo todo lo que tiene que le han costado días y noches perdidas en la reuniones y campañas del Partido. La bohemia prosigue con la música políticamente incorrecta: Tina Turner, Michael Jackson, John Lennon, todos comentan el último escándalo en la prensa sobre un poema subversivo que se les escapó a los de la *Securitate* donde definía la condición de vida rumana: “Somos un purgatorio vegetal” (Ibíd.: 18-19).

Termina la fiesta y posteriormente cada familia regresa a su habitual rutina, *Los Stoian* nunca se ponen de acuerdo para agradecerles el convite a *Los Beldeanu*, lo mismo pasa con el Inocente y Felicia, hay una incomodidad para realizar una simple llamada hasta que Dina, *Lady Di*, les marca apurada con la intención de saber quién de los invitados dejó una prenda, un impermeable sencillo, de mal gusto, y las dos parejas niegan que sea de su propiedad y empieza intriga, las posibles deducciones, hasta que la conclusión más acertada es que lo olvidó un agente secreto con la copia de las llaves. Al final, deja abierta la posibilidad que hubo un enredo sentimental entre Dina Beldeanu y *el sabio*.

1 Norman Manea, *El impermeable*, México, Vuelta, 1991, p. 17.

Dentro del relato, como si se tratara de una muñequita rusa, aparece otra historia desgarradora. Resulta que un nuevo decreto dictamina que los muertos deben ser enterrados en el lugar donde fallecieron y una anciana campesina fue a visitar a uno de sus hijos en Bucarest y ahí encontró la muerte. Su hijo, ante la prohibición, escondió el cadáver dentro de una alfombra y se la llevó al norte del país de donde eran oriundos; en el trayecto de detuvieron a comer y les robaron la alfombra con todo y su madre adentro. Manea describe el panorama de la época.

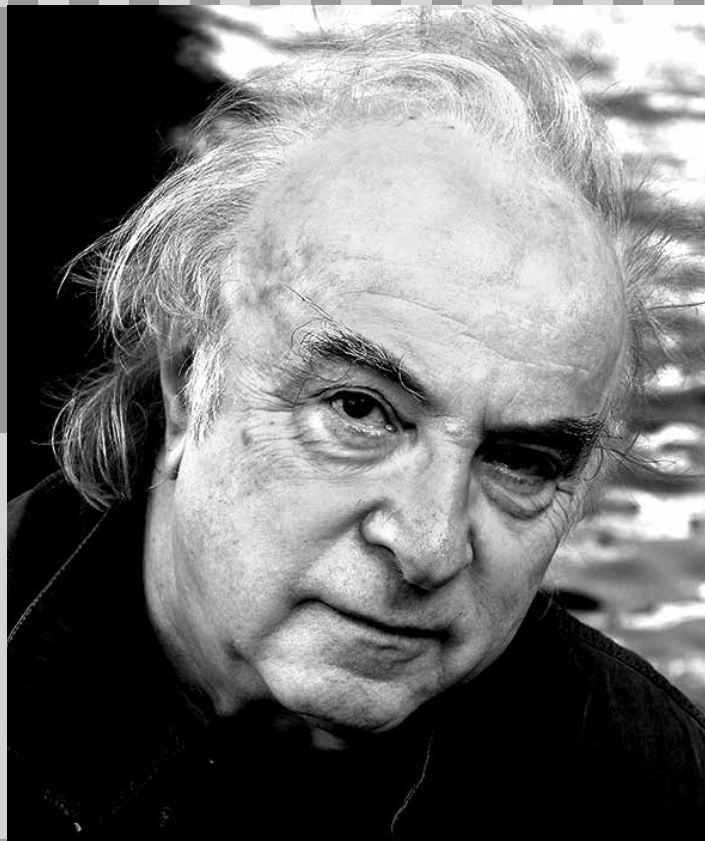
Conclusiones

Es indispensable prestar atención a lo que ocurre a nuestro alrededor y sacar la libreta de apuntes para bocetar lo que será un nuevo escrito literario. Ahí estamos llamados a reconocer el germen de la obra en ciernes y también en ese respiro profundo con olor a musa recién bañada en el agua dulce, donde habitualmente es el lugar de regocijo de los pensamientos cochambrosos, dentro de una esférica cabeza. Puede ser que un día llegue el momento en que dudemos de nuestra capacidad para almacenar tanta información y ésta se evapore, ya sea por un Alzheimer prematuro o una simple distracción; propongo hacernos un *piercing* en la oreja, nariz o lengua, y en lugar de colgarnos un pendiente, una arracada o un diamante, conectarnos la figura de una USB de 8 GB para hacernos los graciosos cibernéticos y, de esa forma, tal vez Norman Manea nos tome en cuenta como un personaje suplente para su siguiente obra.

Referencias bibliográficas

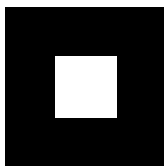
- Manea, Norman (2005). *El regreso del húligan*. Traducción del rumano de Joaquín Garrigós. Barcelona: Tusquets.
- Manea, Norman (1991). *El impermeable*. Traducción del rumano de Aurelia Álvarez Urbajtel. México: Vuelta.





Cortesia de Luca Formenton

Muestra de obra
Norman Manea



El jersey

Norman Manea

Se iba los lunes y regresaba los viernes. Se marchaba llorando, como si fuese para siempre. La próxima vez no soportará dejarnos solos; en una semana pueden pasar muchas cosas. Quizás al acabarse los días de ausencia se produzca un milagro y ya no sea necesario que se marche, que nos separemos. O sea, se abrirá de repente el cielo y nos encontraremos en un tren con vagones de verdad, no como los de aquel de donde nos descargaron en este desierto del fin del mundo, como a ganado transportado al matadero. Un tren con calefacción, con luz, con asientos mullidos... Señoras afectuosas y educadas servirán a todo el mundo, a su elección, los manjares que deseen, cual corresponde a unos viajeros que regresan del otro mundo. O, antes del viernes, cuando vuelva, se habrá hundido, por fin, engulléndonos y redimiéndonos, este cielo infinito de ceniza en el que esperamos, asustados, entrar algún día, para que todo se acabe.

De manera que regresaba con prisas, inquieta, jadeante y encorvada bajo el peso del saco cargado de días y noches de trabajo para nosotros.

Parecía una sombra, había enflaquecido y se había puesto muy morena. Esperábamos en la ventana a que brotase lentamente del humo de la llanura, para ver acercarse, febril, un fantasma. Sabíamos que había pugnado y suplicado y, al final, le permitieron ir a las aldeas extranjeras de los alrededores. No habría podido huir, no tenía

ni cómo ni adónde, mientras nosotros permaneciésemos en aquel lugar. El trabajo de mi padre lo pagaban con un cuarto de pan al día. De no haber sido por ella, habríamos muerto enseguida, al principio mismo.

Así que la dejaron ir; mostraban una cínica benevolencia, cediendo a sus súplicas, como si fuese un juego que vale la pena consentir un tiempo para interrumpirlo, de pronto, con una crueldad y un placer redoblados.

Hacia punto de lunes a viernes en casas de campesinos pobres de los alrededores y cuya lengua desconocía. El juego habría podido detenerse en cualquier momento, ya lo sabíamos, en la choza donde nos había dejado o en las casas calurosas donde trabajaba, muda, para ganarse unas patatas y unas alubias, pero también harina, algunas veces incluso queso, ciruelas pasas y manzanas. Ella creía todavía que saldríamos de ésa y se agarraba a cualquier cosa que pudiese salvarnos.

El viernes significaba, por tanto, un nuevo principio. Como si hubiésemos logrado otro aplazamiento. Se deslizaba hacia nosotros, aplastada por el peso, arrastrándose encorvada bajo el saco. La alegría del encuentro era tan intensa que ninguno de nosotros podía articular palabra. Durante un buen rato, ella se movía como una loca, como si no pudiese creer que había vuelto a encontrarnos y que nos estaba viendo. Corría impotente y asustada entre las cuatro paredes de la estancia sin acercarse a nosotros. Se recuperaba a duras penas, reunía fuerzas para abrir el saco que había tirado al suelo al entrar en la habitación. Cuando se inclinaba para repartir las cosas significaba que se había tranquilizado.

Extrajo y colocó en el suelo, como tenía por costumbre, seis montones de patatas y remolachas para los seis días

siguientes; apartó tres manzanas. Nadie esperaba más de lo acostumbrado. Se pasó la mano por la frente y se quedó encogida de cansancio junto al saco. “He traído algo más” no significaba necesariamente una sorpresa. No esperábamos nada nuevo, habíamos olvidado desear regalos diferentes; nos sorprendía que fuera capaz de tanto.

Lo extrajo a duras penas del fondo del saco, como si levantase, derrengada, a un animal agarrándolo por las orejas o las patas delanteras. No tenía fuerza para sostenerlo entre los brazos a fin de enseñárnoslo. Lo dejó deslizarse de sus manos esqueléticas, en el suelo, en la boca del saco, donde parecía todavía más grueso y compacto.

Desde luego, sólo podía ser para mi padre; aunque parecía muy bonito o precisamente porque, desde el primer momento, cualquiera se habría visto tentado a quedárselo, lisa y llanamente, aunque no hubiese estado destinado para él. Brillaba con todos los colores, como si el brujo que iba a salvarnos quisiera mostrar de lo que era capaz. La noche soplaba a nuestro alrededor humo, frío y tinieblas; sólo oíamos detonaciones, gritos, el ladrido de los perros guardianes, las cornejas y las ranas. Hacía mucho que habíamos olvidado un centelleo tal.

No había tenido tiempo de abrirlo para que lo viésemos del todo, extendido, pero ya no importaba. Estaba claro que era real. Incluso nuestra salvación parecía ahora más cercana, en cualquier caso posible, desde el momento en que podíamos ver y palpar semejante prodigio.

No pude contenerme y me acerqué a acariciarlo. Su aspecto era suave, bueno, te daban ganas de meterte dentro de él, sin que te importara nadie más. Le pasé varias veces la palma de la mano por las mangas y por el cuello. Lo apreté y lo retorcí, se dejaba hacer. Lo tendí, lo abrí y lo

volví a plegar; lo cogí para llevárselo a mi padre. Me habría olvidado de todo si la voz de ella me hubiese detenido a tiempo, como yo esperaba, para decirme que, en realidad, era mío. Pero si todos podíamos anhelarlo, con más razón le correspondía a él, que había sido el primero en perder, hacía mucho, toda esperanza.

Era grueso, parecía grande, lo habían hecho para él, sin lugar a dudas. Tenía que dárselo, me estaba demorando inútilmente.

—No, no es para papá —acertó ella a susurrar, como si fuera culpable.

Me detuve, confuso. Lo llevaba en brazos, cegado por sus colores y su calor. Me percaté de que no debí haberme entrometido, que tendría que haber entendido la cuestión desde el principio.

Por fin, la pobre se había hecho algo para ella. Le serviría mucho más que a nosotros para ir por los caminos nevados de la estepa. Tenía que pensar por mí mismo, recordar de qué manera se iba, abrigándose con una tela de saco y las piernas envueltas en trapos. No podía permitirme esa ceguera, esa estupidez. Me daban ganas de llorar de rabia. No lo habría soltado, se mostraba blando y obediente, pero si era de ella ya no podía decir nada. Lo abrí para verlo una vez más. No me pareció tan grande. Lo había hecho para ella, al menos por una vez había pensado en sus propias necesidades.

Me volví y me dirigí hacia el hada buena, acurrucada en el rincón que parecía más caliente de la habitación.

—El jersey es para Mara —dijo, no sé si sonriendo o llorando.

Había oscurecido, ya no la veía, no me percataba de si había sonreído (como me había parecido) o se había derrum-

bado, como sucedía a veces. Estaba cayendo una niebla violácea sobre mí y a mi alrededor, o bien estaba anocheciendo.

No debería haberlo hecho, pero me había quedado inmóvil mucho rato, con la cabeza metida en la suavidad de las mangas y el pecho, me había cobijado allí para no volver a salir. Sin embargo, a través de la gruesa capa de lana advertí pronto el silencio helado, cada vez más pesado, que a ellos les resultaba insoportable; no se les oía ni la respiración.

Di media vuelta y fui resuelto hacia Mara. Me dirigí finalmente a donde era menester, así lo afirmo. Lo puse en los brazos de la niña.

Al día siguiente lo contemplé con mayor atención. Ya no parecía tan maravilloso. Primero, porque se había tejido solamente de nudos, eso se veía. Lo volví del revés y se lo enseñé a Mara para que se convenciese: un nudo al lado de otro. Como si hubiese crecido únicamente con restos apenas ligados entre sí. Después, el color. En algunas partes parecía más rojo, es cierto. Pero el resto era una mezcla ininteligible. Blanco con gris, negro, un rastro de amarillo, huellas de verde, otro verde más oscuro, una raya gris, un residuo de arcilla marrón podrida junto a una ciruela morada, más allá una punta de jamón rosa y al lado el pico rojo y amarillo de un pájaro. Por supuesto, no era un corte de chica, cualquiera se habría dado cuenta. Eso no se lo dije. Mara gozaba de una situación especial que debía mantener a toda costa, eso ya me lo habían inculcado.

La queríamos muchísimo, la defendíamos con más ardor que a nosotros mismos, así nos lo encarecían siempre. No podíamos hacerle ver que era demasiado grande para ella y de cuello cerrado, como los de chico. En definitiva, habría podido darse cuenta por sí sola (ya era bastante mayorcita), pero para ello habría sido menester que se

lo quitara a fin de poder verlo. Desde luego, se le permitía todo. Como pidió quedarse con el puesto, se lo autorizaron. Al menos los primeros días, durmió vestida con él. Es verdad que estábamos helados de frío día y noche, especialmente por la noche. Si te ponías más cosas encima, te azotaba siempre la misma calamidad: los piojos. Desnúdate, lávate, envuélvete con otros trapos limpios, los otros los hervíamos y les repasábamos todas las costuras, de lo contrario sería un desastre. De modo que a mí, lo sabía muy bien, no me habrían permitido dormir vestido tres noches seguidas. Y el caso es que a ella la protegían con más rigor. Si oían decir que en la otra punta de los pabellones se había puesto enfermo alguien, empezaban a examinarla muy nerviosos: le palpaban la frente, el cuello, le miraban fijamente los ojos, el pelo o las uñas. Menudo pánico si alguna vez tenía la frente o las manos calientes...

Ella tenía que volver con vida, costase lo que costase, repetían ellos en voz baja siempre. Había venido a parar entre nosotros por error, ¿qué dirían si precisamente ella desapareciese y nosotros regresásemos? Los demás verían que sólo nos habíamos preocupado de nuestro pellejo. Quizá la madre de ella se hubiese enterado de dónde estábamos y se hubiese puesto en camino hasta aquí, para restablecer la verdad con los papeles en regla. La niña no tenía ninguna relación con la maldición que pesaba sobre nosotros, era inocente. Su madre la había enviado a pasar unas semanas en casa de su antigua amiga, lejos del hospital donde estaba internada. Sorprendida por la catástrofe, se la llevaron, mezclada con nosotros, y así había llegado hasta aquí. Las protestas no convencieron a nadie, no tenían tiempo para clarificar nada, no nos creían. Ni qué decir tiene que nosotros también éramos, a nues-

tra manera, inocentes, todos lo proclamaban a voz en grito para mantener la esperanza. Pero el caso de nuestra huésped a todos les parecía más grave. Si la situación no se aclaraba y a la desdichada seguían reteniéndola con nosotros, era menester (en eso todos estaban de acuerdo) que se quedase la última, que nos sobreviviese a todos. Susurraban por los rincones, cuando la niña no los oía, rivalizaban por protegerla, no sabían cómo satisfacer sus gustos y, al propio tiempo, preservarla del peligro. Debí haber adivinado desde el principio que el regalo sólo podía ser para ella y que la dejarían que disfrutase a sus anchas con él.

Pero al cuarto día ya lo veía con calma. Una maravilla, no podía mentir. Se lo habría pedido al menos para una noche. Me lo habría dado, incluso me lo habría regalado si se lo hubiese rogado. Siempre se mostraba buena conmigo. Pero no me estaba permitido, ya lo sabía. No obstante, podía admirarlo libremente horas y horas. El más habilidoso de los brujos no habría conseguido nada más extraordinario. Los nudos reforzaban y concentraban, por debajo, el calor, aumentándolo, para que la envoltura pareciese, en la superficie, ligera y lisa. Respecto a los colores, extrañas islas de tinta, acá negra, acullá verde y más allá azul, podía uno pasear los dedos y la mirada y hundirlos a su antojo, hasta encontrar una extensión como de arena roja africana y una esquina gris de nube, con franjas de un toque dorado: sol o flores. No habría bastado todo un día para recorrer esos continentes, que crecían el uno del otro y te dejaban embobado.

No tuve tiempo de aburrirme contemplándolo. Ni de pedirlo prestado ni de llevarlo hasta que ya me fuera indiferente. La semana siguiente, Mara apareció con las mejillas

coloradas de fiebre. De modo que lo dejó yacer, abandonado, en el rincón junto a la ventana. Yo lo miraba, pensaba en él, pero no lo toqué, aunque me habría gustado.

Mara se sentía cada vez peor, iba a morir. Desde la enfermedad de los abuelos, sabía cómo sucedían las cosas al principio y al final. Iba a morir pronto, no podrían ayudarla. Yo sabía que las horas en que resucitaba, otra vez alegre y parlanchina, sólo eran engañosas.

Ellos ya no tendrían ningún motivo para no dármele después a mí. La enfermedad avanzaría, los días se habían hecho más largos, la muerte se acercaba, lo sentía. Aterrado, esperaba ver cómo se quedaba repentinamente fría nuestra querida niña. No sé si ofreciéndome ahora..., como satisfaciendo una reivindicación mía, se detendría el curso natural de las cosas. Me lo habrían dado para salvarla, aunque yo no tenía ninguna culpa de que ella se hubiese puesto enferma. Y no habrían encontrado medicinas para salvarla.

No me había inmiscuido en sus pláticas y sollozos cuando decidieron enterrarla en la orilla del bosque, junto a los abuelos, con todas sus pertenencias.

Yo aguardaba temblando y esperando que olvidaran... Pero mi madre lo arrancó del rincón y lo arrojó con furia encima de las demás cosas.

Se quedaron unos momentos junto a la niña, sollozando, sin aliento, apretados el uno contra el otro. Aunque no llevaba nuestra sangre, Mara era la primera en seguir a los abuelos. Se había convertido en uno de los nuestros. Cuando sacaron el ataúd de casa, mi padre puso la mano encima, palpó, lo encontró, lo apartó y lo dejó caer al suelo detrás de él. Mi madre lo observó, lo miró de hito en hito y no dijo nada; aceptaba que lo salvásemos.

Volvimos del bosque ya tarde, tiritando de frío. Llovía, la tierra se había pegado a nuestros pingajos. Terrones empapados de agua habían cubierto a Mara. Yo sabía, desde lo que pasó con los abuelos, que ya no regresaría. Recordaba cómo se encogía de frío en la oscuridad, pasándome las manos por el cuello. Su risa franca y espontánea nos encantaba. En silencio, nos tendimos en el suelo de tierra, donde se nos echó encima la noche.

No me acerqué ni lo toqué. Lo miraba simplemente, a hurtadillas, veía cómo se oscurecía, abandonado y rígido. Tampoco al día siguiente me dijo nadie que lo cogiese, aunque la habitación parecía haberse vuelto más húmeda y fría. El lunes, mi madre se fue otra vez; por la tarde, cuando nos quedamos solos, mi padre me lo puso por los hombros. Sentí cómo se me deslizaban las mangas por el pecho y me calentaban. Metí los brazos y la cabeza en aquella envoltura caliente. Se me pegó al cuerpo, parecía hecho para mí. Me daban ganas de salir al patio para que me vieran. Al menos me habría paseado con él puesto por la habitación, pero me faltaba valor. Me quedé encogido, por fin lo tenía, como deseaba desde hacía tanto tiempo... Temblaba, ya no podía dominarme.

Pero la alegría duró poco. Al día siguiente lo noté flácido, colgándome mansamente por los hombros. Era la señal, lo recordaba. Lo mismo había pasado con los abuelos y ahora con Mara. La enfermedad acechaba, se deslizaba lenta y subrepticamente, sin que se notase, se infiltraba poco a poco, de forma duradera, para estallar de repente, al atardecer, cuando los afectados por ella se tambaleaban, atontados por la fiebre, y se derrumbaban sin poder articular palabra.

Empezaba la agitación, les pedían medicinas a los vecinos, siquiera un piramidón, una aspirina, un poquito de

alcohol. Al final, aparecía el termómetro. El único de todo el campo, que guardaba una vieja maniática envuelto con el mismo jirón sucio de manta; el termómetro era difícil de conseguir y sólo tras ruidosa insistencia. Había pasado cuidadosamente de mano en mano como un talismán hasta llegar al enfermo, por si acaso se rompía, ya que habría desaparecido el último lazo con el mundo normal, al que nos sentíamos aún ligados.

Luego aparecía el señor doctor, como sucedió también en esta ocasión. El caballero distinguido y seguro de sus remedios, con gafas de montura fina, había sido sustituido por un tísico cheposo, cansado y harapiento. Le llamábamos también doctor, tenía, como el otro, manos blancas y pequeñas, pero no se las lavaba al principio y al final de la visita, como antes. Por otro lado, abreviaba todo lo posible los gestos y la consulta.

Había pegado la palma de la mano a la frente de la niña, le miró los dedos, luego palpó las venas y contó con los labios los latidos del pulso, descubrió el cuerpo amarillento y demacrado para darle la vuelta a una y otra parte, señaló las manchas, una, otra más... O sea, que la enfermedad se había adueñado por completo del cuerpo de la pequeña paciente. No había nada que hacer salvo elevar las manos musitando, con los ojos bajos, el nombre del suplicio que únicamente duraría unos días más. Sólo un milagro, sólo un milagro... Por lo tanto, levantó las manos otra vez, sin fuerza, implorando, como lo hacían todos, el milagro. Acto seguido se marchó sigiloso, encorvado y avergonzado, como había venido.

Caía la tarde, notaba no solamente que la luz se debilitaba cada vez más, sino de manera especial la crudeza de un frío glacial que pelaba. Estaba dejándose sentir el frío

de la noche cuando me percaté de algo extraño: como si me hubiese abandonado, el jersey ya no me protegía; inerte y helado, pendía sin fuerza sobre mí. Sin duda, todo el tiempo había incubado en su interior la enfermedad. Había engañado a Mara, pero ella, al morir, no logró llevarse la enfermedad consigo. Había llegado mi hora. Me lo habría arrancado para quemarlo, para tirarlo. Demasiado tarde, ya no habría tenido sentido.

No quería terminar en aquella fosa húmeda y lóbrega donde uno no sabía lo que iba a pasar. Reconocía mi culpa: no habría tenido que ansiar con tanto afán los colores y el calor. Debería haberme dominado, haber esperado, no haber espiado con tanta desfachatez el sufrimiento de Mara y lo que siguió, hasta que lo sentí envolviéndome el cuerpo. No tendría que haber sido tan débil, ciego e impaciente como para dejarme vencer por lágrimas de alegría cuando entré en posesión de él. Con seguridad, me habían visto y me habían señalado con el dedo por mi avaricia e indignidad. Si hubiese renunciado, no digo que desde el principio, pero sí, al menos, después de la muerte de Mara, el castigo quizá se habría evitado...

No pude más y me acerqué a la ventana. Mi padre acechaba, como de costumbre, el milagro o la catástrofe por el estrecho vano de luz. Al hacerse de noche, la desesperación se adueñaba de él y ya no sabía controlarse...

—La enfermedad. La enfermedad, me encuentro mal —pero sólo me oyó al rato.

Se volvió de sopetón y me puso la mano en la frente y en el cuello. Me llevó hasta la ventana, me hizo contar, sacar la lengua y abrir los ojos.

—Estás pálido, muy pálido, pero no tienes nada —dijo cogiéndome con sus grandes brazos para que me durmiese.

No tenía fuerzas para hablar. Varias veces señalé las mangas envenenadas. Me llevé la mano hasta el cuello enfermo, pero él no se percataba de eso. Había oscurecido del todo, me cubría su ancha sonrisa y se inclinaba sobre mí poniéndome la mano sobre mi frente húmeda.

Me desperté en el ataúd, bajando a la fosa, junto a Mara; no recuerdo más. Temblaba, se había hecho de día, quería decirles que no iba a llegar al viernes, que nadie me podría salvar. Había llegado la noche, no veía nada, sólo una nube profunda, cada vez más profunda, y oí encima de mí una voz asustada.

Sentí en el cuello y en las orejas el soplo de una respiración fatigosa.

—Menos mal que hemos llegado, hemos llegado a tiempo
—decía.

Se oyó también la voz atiplada del médico resoplando alrededor.

—No tiene manchas, no hay síntomas.

Eso dijo, “síntomas”. Sonaba bien, llevé a rastras la palabra, me caía, me derrumbaba, “síntomas”, era como una caricia, me resbalaba, descendía, no recuerdo nada más. Peces viscosos y húmedos me pasaban por los labios ardientes, me lamían las orejas y yo corría con ellos. A veces, me sacudía las olas del pecho e intentaba abrir los ojos. Veía a Mara transparente, de cera, los dientes amarillos y afilados del médico y de nuevo la fosa.

Debí de pasar varias noches ahogado hasta que volví a oír la voz que me era familiar.

—Me voy más tranquila, menos mal que ha pasado.

La muerte me había soltado de sus brazos, yo me tambaleaba, recuperado, tanteaba mis primeros pasos, soste-

nido junto a la pared por el brazo de mi padre, hasta la ventana de la estepa que lo había engullido todo.

Conseguí preguntar si aún tenía manchas.

—No las has tenido. No has estado enfermo. Sólo ha sido un susto, eso dijo el médico. Delirabas, estuviste todo el tiempo delirando. “Se me ha pegado”, decías. “Se me ha pegado”, y tratabas de elevar las manos.

Me levantó por los sobacos para que mirase por la ventana. Me dio una infusión muy caliente. El viernes por la mañana, la estepa nos devolvió a mamá.

—He venido más temprano, les dije que estabas enfermo. Me han dado un poco de manteca para que cojas fuerzas.

De modo que cogí fuerzas y pude volver a verlo. Vencido, empuqueñado, sometido, en un rincón, listo para servirme. Pero yo ya no era el mismo. Lo hice esperar, no lo miré más. Me habían envuelto en una manta gruesa, ya no tenía nada de frío. Todos giraban a mi alrededor, decididos a no volver a dejarme solo.

Había encogido, cada vez era más pequeño. Al fin, lo dejé que me ciñese. No había resultado ser tan peligroso. Durante el tiempo que había estado tirado, hecho un ovillo, junto a la pared húmeda, se había suavizado su fibra áspera e irregular. Metí las narices y toda la cara entre la aspereza de aquella envoltura antes tan suave y buena. Para que me embriagase de nuevo su calor, como de pan tostado o patatas cocidas, el olor de serrín fresco o el de la leche, la lluvia, las hojas, la añoranza de lápices y de manzanas. Pero no era así, tenía más bien un olor extraño, a moho. Algo podrido y cargado. O quizá sólo fuera acre o asfixiante, ya no me acuerdo. Se había puesto negro, se había marchitado, alienado y extenuado.

Los días siguientes nos familiarizamos el uno con el otro, comenzamos a reconocernos. Nos reencontrábamos poco a poco, volvía a ser él mismo. Se mostraba cada vez más suave y caliente. Los colores renacieron, un mundo de tintas. No obstante, su cercanía me asustaba, me agobiaba. Lo había anhelado como un malvado, que fuese solamente para mí. ¡Mi impaciencia había acelerado la muerte de Mara! Yo temblaba aunque nadie, excepto él, lo sabía. Me acercaba a él falto de valor, exánime. Los brazos se me trababan dentro de él y no conseguía sacar la cabeza. Cuando por fin se me quedó bien ajustado al cuerpo, me ahogaba. Ya no le temía a la enfermedad. Mara le había quitado la fuerza, ya lo sabía; no podía provocar otra vez el mal. Sólo quedaba el sentimiento de culpa, el miedo a que me abrazaran sus mangas ardientes, enroscándose en torno a mí, como intentaba la niña todas las noches cuando se apretaba, encogida de frío, junto a mí.

Me iba habituando y él se había vuelto sensato. Ya no me saltaba a los ojos para provocarme recuerdos. Me obedecía y me servía, cada vez más borroso y resignado. A menudo me olvidaba de mí mismo, había adquirido cierta seguridad.

En el entierro del médico no lo llevé, habría sido demasiado. Ventiscaba con furia, tiritaba de miedo y de frío. Lo escondí bien para que no lo encontrase nadie. Me olvidé de él durante bastantes días, lo liberé más tarde, cuando los entierros se multiplicaron, varios al día. Ya no había aplazamientos en ninguna parte, era inútil querer protegerse. Caían a decenas, la maldición se abatía al buen tuntún, precisamente sobre quienes menos se lo esperaban. Ya no tenían tiempo para ocuparse de mí, ni yo tampoco. El miedo fue general, colosal, lo bastante como para tragarnos a

todos. Nos empequeñecíamos, ebrios, nos olvidábamos de nosotros y de los demás.

Ya no contaban ni la infamia ni la culpa, nada. Él también lo comprendió. Borraba sus colores y su olor para pasar inadvertido. Sólo era útil: lo llevaba todos los días y me protegía del frío, eso era todo. Se estiraba perfectamente, como un escudo, nada recordaba nuestra gloriosa intimidad de antaño. No nos veíamos, nos resguardábamos como podíamos, indefensos. Los vientos de la estepa se acercaban más y más para escoger a sus víctimas entre nosotros. Su voraz aullido ocultaba los miedos. Nadie podía distinguir ya un pobre sollozo, sin fuerza, culpable e infame.

Todos los días nos acechaba. Olvidábamos los días, esperábamos, escuchábamos el crujido rabioso de la noche. El tiempo nos acosaba, ya no se podía hacer nada, también el tiempo había enfermado, estábamos en su poder.

Tomado de Manea, Norman (2010).

El té de Proust. Cuentos reunidos.

Traducción del rumano de Joaquín Garrigós Bueno.

Barcelona: Tusquets



▣ **Mercedes Monmany**

Licenciada en Ciencias de la Información y estudios en Filología Francesa en la Universidad Complutense de Madrid. Especializada en temas de literatura contemporánea, y europea en particular, ha sido editora, asesora de publicaciones y crítica literaria en los principales periódicos y revistas españoles. Forma parte actualmente de diversos consejos de redacción de revistas culturales, como *Revista de Libros*, *Sibila* y *La Alegría de los Naufragios*.

▣ **Alejandro Martínez, Zapa**

Docente de la preparatoria 18 en las áreas de lengua y literatura y música. Es autor de los libros de poesía *No comas ángeles*, *Tragacanto*, *Mester de grafito*, *Los funerales del espantamusas*, y del libro de cuentos *Los Evangelios de las tribus urbanas*.

